

imaginario, de la manipulación de los fantasmas, una suerte de antecesora de la psicología. Su máximo exponente es Giordano Bruno, cuyo martirio señala el rumbo definitivo asumido por nuestra civilización: represión de la magia en nombre del rigor racionalista, tanto del lado protestante como del católico.

La magia ensayó comprender el alma por medio de operaciones fantásticas: eros, arte de la memoria, mántica blanca, alquimia y cábala práctica. Del lado opuesto, la escolástica y su racionalismo empuñado por la Iglesia, se dedicó a perseguir a los herejes y los magos. El resultado del proceso es nuestra modernidad: dominio de la tecnología basada en la religión y la guerra, ciencia exacta, instituciones sociales y neurosis.

El esquema trazado por Culianu es divertido y seductor pero, como le advierte Eliade en el prefacio, riesgoso y erróneo. No hay una oposición radical entre ciencia y magia, sino una relación dialéctica. No podemos sustituir los ordenadores por el vudú, porque no son entidades equiparables. La magia sirve para explicar lo que no tiene explicación; la ciencia, para razonar lo razonable. Oponerlas sólo sirve para que volvamos a encender las hogueras de antaño, esta vez quemando a los razonadores en nombre de los fantásticos.

La gran sombra de Jung se proyecta sobre este y otros textos que

arremeten contra la modernidad, cuestionándola sin criticarla y haciendo con la historia un exorcismo anacrónico, como si no hubiera ocurrido. No obstante, su lectura amena y erudita se agradece, aunque sea desde la distancia crítica.

Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo, *Albert O. Hirschman, traducción de Joan Solé, Península, Barcelona, 1999, 175 pp.*

El autor parte de una observación aguda y nítida: la modernidad empieza cuando se convierte el ideal heroico de la vida caballeresca en proyecto de prosperidad económica y burguesa. Para ello hace falta convertir la pasión en interés o, por mejor decir, encauzar racionalmente las pasiones, que no son malas en sí mismas, sino cuando, permítase la redundancia, se producen apasionadamente. Maquiavelo señala esta frontera y abre el panorama de la moderna sociedad de clases, pues a los intereses de los príncipes y las naciones sucederán los intereses de sectores sociales particulares y concretos.

Realismo y previsibilidad alteran la valoración del interés. Despreciado por la Iglesia en la Edad Media, se convierte luego en la condición esencial de un mundo más habitable, donde todo puede resolverse

negociando. El capitalismo, en tanto suaviza la vida, merece elogios desde la ética, porque morigeró las costumbres. Hume lo dirá casi con estas palabras. Montesquieu celebrará la expansión de estas prácticas como un triunfo de las Luces.

Desde luego, la historia ha desmentido las previsiones. El capitalismo ha sido violento y avasallador antes de ser tolerante y dialoguista. El mundo, desprovisto de pasiones caballerescas, ha perdido encanto, salvo el que proporciona la voluptuosidad de las cifras abstractas, el capital que renta y se reproduce. De ahí el anhelo romántico de volver a la rudeza noble y señorial de los tiempos medievales. Y la necesidad de una síntesis utópica: el interés apasionado. Con lo que seguimos en la historia, ese lugar donde nunca estamos donde deseamos estar.

El mundo físico de los griegos, S. Sambursky, traducción de María José Pascual Pueyo, Alianza, Madrid, 1999, 287 pp.

La ciencia moderna fija su punto de partida en algunas propuestas de los griegos, sobre todo en cuanto a la autonomía de lo científico frente a lo religioso. No obstante, hay categorías esenciales que difieren. Sambursky señala las más importantes: para los griegos, el hombre era uno con el cosmos, que resulta-

ba ser un organismo vivo; practicaron la observación pero ignoraron la experimentación; el mundo físico estaba para ser entendido pero no para ser alterado. La ciencia, como la ejercemos hoy, ha de amojonarse a partir del Renacimiento.

Más allá de estos reparos, Sambursky, al internarse en la enciclopedia científica griega, advierte que algunos campos fueron admirablemente circunscritos por aquéllos. La causalidad, las distintas maneras de entender la continuidad de la materia, la necesidad de estudiar el átomo como última unidad discernible de lo material, la formación del universo, el sentido de las funciones en los fenómenos inorgánicos y en la vida, los rudimentos de lo que hoy entendemos por astrofísica.

Todo el tiempo, los científicos griegos practicaron la filosofía, es decir la generalización del saber. Por eso se interrogaron incesantemente acerca de cómo es pensable la unidad del cosmos frente a la multiplicidad de los fenómenos físicos. Hicieron ciencia empírica y, a la vez, discurso del método. No casualmente sus observaciones científicas se deben a pensadores y aún escritores de literatura, desde Parménides a Platón y Aristóteles.

Los hemos superado, viene a decirnos Sambursky en su texto fluido y documentado, pero sin ellos nada seríamos. La dialéctica del desarrollo humano impone esta

relación necesaria y acuciante entre la crítica del error y el establecimiento de una verdad siempre sujeta a derogación.

Isaiah Berlin. Su vida, *Michael Ignatieff, traducción de Eva Rodríguez Halffter, Taurus, Madrid, 1999, 478 pp.*

Durante los diez últimos años de la vida de Berlin (1909-1997), Ignatieff estuvo trabajando con él para escribir esta biografía. El proyecto se volvió convivencia y el escritor, remiso a cualquier trabajo autorreferente, contó y confesó, revisó y documentó su vida. Resultado de una dramática encrucijada cosmopolita (báltico y ruso, judío emigrado a Inglaterra y adoptado por la cultura anglosajona, liberal vapuleado por izquierdas y derechas, estudioso sin tratados, disperso perseguidor de dos o tres obsesiones muy bien escogidas) Berlin tiene una existencia anecdótica más bien parca y un itinerario interior e intelectual, muy rico.

Ignatieff ha comprendido esta dualidad y la ha resuelto con inteligencia. Bucea en la curiosa psicología de Berlin, un gozador de la vida que se inició sexualmente con la cuarentena bien cumplida, un apasionado de la música que trabajó con la precisión de la palabra, un ateo que observaba todos los ritos del judaísmo, un ciudadano interesado por la política que siempre

rechazó las ofertas de militancia y gestión estatal. A la vez, va retratando a sus compañeros de viaje, célebres casi todos ellos, aunque decisivos y penumbrosos los demás, a contar desde su mujer Aline, con la que compartió cuarenta años largos de estrecha convivencia.

Berlin vivió lo bastante como para ver el desmoronamiento de los dos grandes enemigos del liberalismo, el nazi y el comunista. No creía en la verdad ni en la justicia de la historia, pero sí en la eficacia de las opciones políticas, cuando conseguían hacer compatibles diversos sistemas morales, que participaran de una sociedad plural, donde todos convinieran unos pocos principios de respeto mutuo. Una obra fragmentaria, sin nostalgia del Gran Libro jamás escrito, redondea el legado de este hombre perplejo y a la vez de escasas y firmes convicciones, siempre sometidas a la criba de la perplejidad. Ignatieff lo admira y le está cerca, pero es capaz de describir sus conflictos y de tomar distancia, de modo que su libro es un dechado tanto informativo como crítico.

Re-imaginar la psicología, *James Hillman, traducción de Fernando Borrajo, prólogo y notas de Antonio Betancor, Siruela, Madrid, 1999, 493 pp.*

La propuesta del profesor Hullinan, activo en Dallas y Zürich, no

se anda con chiquitas. Apoyado evidentemente en Jung, quiere destruir al hombre del humanismo, situado en el centro de la actividad intelectual, volver al animismo y a la proliferación polimórfica de los dioses. El origen primordial de las patologías humanas es, para él, mítico: el conflicto trágico entre lo mortal y lo inmortal. Sólo se las puede tratar con una psicología de los abismos, donde el alma reconoce su afinidad con los dioses. El alma es nuestra potencia imaginadora, la que torna los objetos externos en experiencias internas. Una tierra de nadie entre nosotros y nuestras cosas. Lo colectivo proviene del arquetipo, esa figura en que todos nos reconocemos, todos compartimos y todos somos capaces de poseer en común.

La psicología que propone Hillman arranca de esa facultad de imaginar, despojada de condicionantes fisiológicos, lingüísticos e histórico-sociales. Una imaginación pura cuya naturaleza es poética. Es una terapia que se opone al psicoanálisis corriente, que intenta hacer al sujeto responsable de sus actos inconscientes, por medio de una investigación que los torna verbalizables. Hillman, por el contrario, apunta a la inocencia del sujeto respecto a unas fuerzas fatales que lo impulsan en plan trágico y que no pueden generar culpa ni disculpa. Reconocerlas es la tarea de la nueva psicología.

Así perfilada, no resulta tan novedosa la propuesta, ya que Jung es quien propició, en su tiempo, un retorno a lo religioso por medio del arquetipo que organiza el inconsciente, nuestra parte sagrada reprimida por la cultura secularizadora moderna. Una crítica radical a la modernidad va implícita en estas concepciones que recuperan para el psicólogo la identidad del chamán tribal. En fin, que no hemos dejado la tribu, según parece y, si dudas caben, abramos los periódicos y comprobemos por cuántos escarabajos sagrados se siguen matando los hombres invocando a los dioses.

La mirada despierta de la historia. Isaiah Berlin, Pablo Badillo O'Farrell y Enrique Bocardo Crespo (editores), Tecnos, Madrid, 1999, 443 pp.

Textos tardíos de Berlin, donde resume con rapidez su itinerario intelectual, ensayos sobre aspectos de su obra redactados por especialistas (Joaquín Abellán, Pablo Badillo, Enrique Bocardo, Juan Bosco, Elena García Guitián, Henry Hardy y José M. Sevilla), semblanzas del autor estudiado (a cargo del citado Hardy, Jacobo Muñoz, León Pompa y Mario Vargas Llosa) y una bibliografía de Berlin, componen esta miscelánea, en buena parte dedicada a ejemplificar la vigencia y el interés que